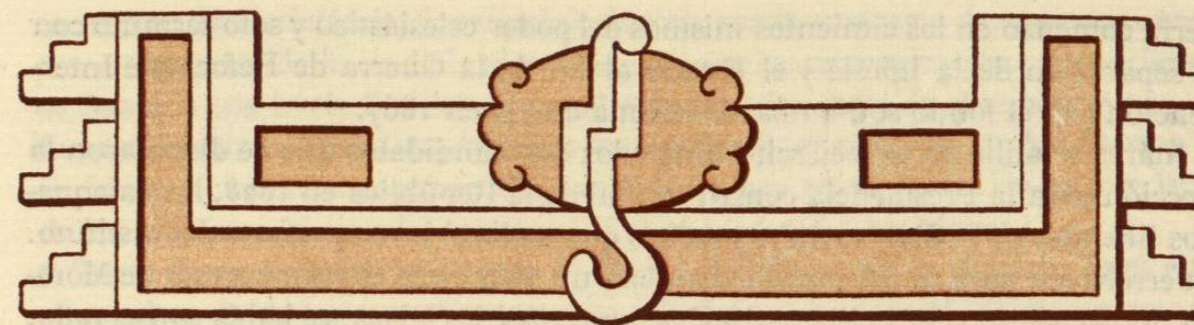
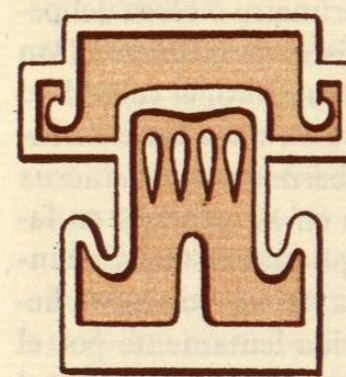


fuerza viva para cuantos querían aprender cómo podrían aplicarse en nuestro país las doctrinas que recomendaban sus autores favoritos. Ortiz indicaba, no sé si con tanto acierto como cordial voluntad, las recetas de esta aplicación.

☛ El año de 30, Juárez era ya un liberal consciente; jamás dejó de serlo.



EL DISCÍPULO DE LOS EMANCIPADORES



DESDE aquí, desde nuestro tiempo se ve clara en la perspectiva histórica la escala de las tres grandes generaciones que HAN HECHO á Méjico, en el sentido, no sólo político, sino moral de la palabra, en el sentido de la conciencia. Es la primera generación la de los Insurgentes: comienza con el GRITO DE DOLORES y termina con la fundación de la República sobre el trono efímero de Iturbide, hecho pronto pedazos. La segunda es la generación de los Emancipadores, de los que tendieron á la emancipación de las almas, de aquellos que no sólo veían en la dominación española un régimen de dominación política, sino de compresión y opresión de las conciencias; que no creían que para ser libres bastaba no depender de los extraños, sino que precisaba depender solamente de sí mismo en materia de ideas y creencias; que no creían que la independencia estuviese consumada, mientras los espíritus, las conciencias no estuviesen también manumitidas. Éstos deseaban ardentísimamente la Reforma, porque era la Iglesia, con su poder inmenso sobre las almas, la que se oponía por la fuerza misma de su constitución á cuanto tendiera á disminuir su poder, no sólo moral, sino intelectual también; á cuanto mermara su imperio, que pretendía abarcar no sólo la conducta entera, sino la ciencia misma. Buscar los medios de reducir y debilitar la omnipotencia de la Iglesia era el programa fundamental de los emancipadores; no lo disimulaban; afrontaron las consecuencias de su actitud con inmenso valor civil. Desde el paso de la generación de Gómez Farías por el poder, el temblor de

tierra comenzó en los cimientos mismos del poder eclesiástico y sólo terminó con la separación de la Iglesia y el Estado al fin de la Guerra de Reforma é Intervención (en el fondo son ambas la misma cosa), en 1867.

☛ Juárez se afilió en este ejército. Entre los dos candidatos que se disputaron la elección para la Presidencia constitucional de la República en 1828, los oajaqueños liberales no podían vacilar, y menos que nadie el joven profesor del Instituto. Guerrero era para la juventud oajaqueña un ídolo, era el gran sucesor de Morelos, había peleado por la libertad en las montañas de Oajaca, se había conservado, hasta el fin de la lucha suprema, inquebrantable, inexpugnable hasta servir de causa eficiente de la revuelta de Iturbide que consumó la emancipación de la Patria. Era un indio suriano, un poco teñida de negro la ardiente sangre; había salido de once años de epopeya cívica y guerrera con un inmenso prestigio que fluía de las sierras natales como río caudaloso, que llegaba á las grandes ciudades, á los centros considerables de la cultura nacional y los refrescaba un poco con el ambiente de sencillez, de sinceridad, de honradez inmaculada que rodeaba al héroe. Para la exaltada juventud federalista de Oajaca, aquel hombre era un santo, un símbolo, una bandera...

☛ Los oajaqueños habían hecho desde antes votos fervientes por él. Quien primero les había hablado del General Guerrero como el solo presidente posible, había sido Santa Anna, al compás de una apasionada aventura. Cierta día, cuando se comentaba en los corrillos del Instituto, en las casas de algunos profesores y en uno que otro centro de reunión (boticas ó tiendas en el perímetro ó cerca del perímetro de la plaza) el asunto del día, la elección del Ministro de la Guerra Don Manuel Gómez Pedraza, que había logrado sobreponerse á Guerrero, el verdadero candidato popular, según decían, á fuerza de armar contra su rival los elementos oficiales, se recibió la estupenda noticia de que el Gobernador de Veracruz que, habiendo intentado en vano arrastrar á la legislatura en su protesta en favor de Guerrero, se había PRONUNCIADO al fin, estaba á las puertas de Oajaca é intentaba producir una conflagración en el Estado. Era Santa Anna, que había hecho desde Perote hasta Oajaca una marcha atrevida, seguida lentamente por el General gobiernista Rincón. La ciudad se convirtió en un campo de batalla; al fin el audaz CONDOTIERO se encerró en el fortísimo convento de Santo Domingo y desde allí se puso en acecho; las tropas gobiernistas lo asediaban, el cerco era cada día más apretado y Oajaca no se movía. Pero eso era en apariencia; en el fondo la agitación era terrible, y los estudiantes, que en esa época aprendieron á ser políticos, acaudillaban los conatos sediciosos, como lo habían hecho poco tiempo antes en las elecciones presidenciales.

☛ Es fácil figurarse el efecto que la presencia del gran rebelde causaría en el brillante entusiasmo de aquella juventud, que no era sólo soñadora y contempladora de ideales, sino que gustaba de la acción y del combate en la calle y de la brega sangrienta, de que sacaba á veces tremendas heridas. Todos conspiraban con él, todos le ayudaban virtualmente. Cuantos conocimos al Licenciado Don Guillermo Valle, uno de los hombres más amados en la sociedad liberal, en nuestras asambleas legislativas oímos esta anécdota: el pequeño escolar Valle estaba dentro del

convento; de no sé dónde, de cerca ó de dentro, partía una vena de agua que corría por cierta parte de la ciudad; el muchacho, con las comunicaciones y proclamas de Santa Anna hacía flotillas de papel que abandonaba á la corriente y que, ya fuera del recinto defendido, bajaban tranquilamente al través de las fuerzas sitiadoras, y cuantas escapaban del naufragio caían en poder de los guerreristas, de los YORKINOS, de los del VINAGRE; el ACEITE eran los contrarios.

☛ Santa Anna se había encerrado en Santo Domingo, ya lo dijimos, para estar en acecho; desde las torres interrogaba sin cesar el horizonte. ¿Oajaca permanecería quieta? ¿No vendrían de Méjico noticias salvadoras? Su situación no podía prolongarse; su fértil ingenio de revoltoso le sugería ideas peregrinas: en cierta ocasión pidió á su contrario que se le dejase ir á combatir á los españoles que estaban á punto de invadir nuestras costas; él sabía, quizás por noticias privadas que el comercio de Veracruz recibía, que la expedición estaba lista, y la proposición de Santa Anna respondía de tal modo al rencor profundo de que estaba saturada en todo el país la parte de la opinión que podía ó osaba hablar, que se tenía por un rasgo de abnegación heroica lo que era una escapatoria. El general sitiador rechazó la propuesta del caudillo de Santo Domingo que, desesperado, esperó.

☛ Un día, después de celebrado un armisticio entre el General Calderón, sitiador, y el soldado que por decreto del Congreso de la Unión estaba fuera de la ley, Santa Anna salió de Oajaca casi triunfante, ileso por lo menos, y se dirigió á Tehuacán, en donde celebró una entrevista con el Presidente Guerrero. ¿Qué había pasado?

☛ Había pasado el motín de la Acordada, convertido en rebelión triunfante por la impericia del gobierno constitucional de Victoria y por el supremo desaliento de Gómez Pedraza, á un tiempo Presidente electo y Ministro de la Guerra, que, en el momento del peligro, desertó su causa, su puesto y su honra. El grupo de hombres que había asaltado el poder, dándose por jefe al más conspicuo de los caudillos insurgentes, es decir, envolviendo sus apetitos y sus impulsos en una bandera bordada de historia heroica y de glorias legendarias, ese grupo, que era el de los liberales de acción y de pasión que llevaban la libertad en la voz y la tiranía en los propósitos, listos para los golpes de mano, aliados de la demagogia militar, mucho más capaces de crímenes que de cobardías, ese grupo que reproducía en pequeño y aunque con ideales menos altos, con vuelos menos bajos, al famoso que no hacía medio siglo había subrayado con amplia línea de sangre las horas premiosas de la Revolución Francesa, merece bien la denominación de JACOBINO. Su programa era el bueno; donde la resistencia es un muro de roca, no hay posibilidad de abrir paso al río (comparemos la evolución á un río) sino con la dinamita revolucionaria; el programa era el bueno, era buena hasta la tiranía que han gustado de imponer siempre los jacobinos para preparar el reinado seguro de la LIBERTAD que es para ellos sinónimo de IGUALDAD. Algunos de sus procedimientos fueron atroces; lo fué la expulsión de los españoles, acto de espantoso despotismo que nada salvaba, ni mejoraba; al contrario. Pero nadie, á no ser los reyes absolutos, los Luisatorces, los Felipe segundos, los Napoleones (hablo de los geniales), ha empleado con más rudeza la persecución en nombre

de la razón de Estado, de la SALUD PÚBLICA, que los jacobinos de ambos mundos. Piénsese, sin embargo, que esa medida era la única popular y que si los jacobinos lograban unimismar el odio á los GACHUPINES y el amor á la Reforma, habían logrado dar un paso gigantesco. Los Guerreros y Santannas, los Farías, Zavalas, Gómez Pedrazas, Rejones y otros del mismo gremio no tenían de seguro otro intento que ese... Hombres no sólo de doctrina, sino de acción; no sólo de ideales, sino de ansiosas y ambiciosas impacencias; no se conformaban con aplazar, como los MODERADOS, para un porvenir lejano las grandes modificaciones que la sociedad necesitaba; querían verlas ellos, querían palparlas, querían gobernarlas ellos, y gracias á esos anhelos y urgencias que fracasaron antaño, podemos hogaño ver en parte realizados sus ensueños y vivimos en medio de una sociedad laica, obligada á ser laica, obligada, como sociedad, no como pueblo, no políticamente, á disponer de sí misma.

☪ Pero estos partidos anticlericales tienen la inmensa desventaja de florecer en recelo y desconfianza y sospecha; se constituye un gran grupo por ideas y pronto se divide mortalmente por personalidades; el grupo principal desaparece; quedan las agrupaciones de codicias y apetitos. Fué ésta, en veintiocho, la historia del magno grupo liberal (ó reformista, diremos mejor, porque la devoción á la libertad era declamada, mas no realizada) y federalista que había gobernado desde el veintitrés y que forjó la federación. Estaba, como los jacobinos precisamente, organizado en LOGIAS; era la masonería yorkina.

☪ No podemos hoy entrar bien en el ánimo de los hombres que del veintiséis al treinta y tres lucharon en el pasado siglo contra la dominación de las logias; ser masón era ser político; era, para medrar, para tener un reparo que garantizase contra las arbitrariedades del poder ó asegurase la impunidad ante la justicia, un arbitrio magnífico; era, para algunos, para muchos, como sucede en las épocas de crisis, un puesto en que acuartelarse con el ejército que luchaba por las ideas. ¿Por qué el secreto? Porque pertenecer á una asociación misteriosa á la que se suponían ideas estupendas y fuerzas indefinidamente poderosas, y ligas y connivencias con otros órganos más ocultos que tendían su red subterránea por el mundo entero, halagaba profundamente el espíritu entre infantil y aventurero de nuestra raza mezclada, de nuestra CRIOLLERÍA educada en la sacristía, pero que en arrostos de valor, propios del espíritu que España le había infundido, saltaba á veces con delicia del cielo al infierno, y por curiosidad y por desafío (Don Juan tiene un heredero en cada español en libertad) se ponía en relaciones íntimas con el diablo, que era y que es todavía, según dicen algunos profetas católicos para uso de las beatas, el gran maestro de los masones.

☪ Pero la extraordinaria singularidad de aquella época (y por este camino reen-

traremos en Juárez) era la RELIGIOSIDAD que envolvía y penetraba y saturaba casi todas las tentativas innovadoras.

☪ El cristianismo entró de tal modo en la medula de las sociedades que sucedieron al imperio romano, de tal modo el concepto de la existencia de la divinidad y el de la divinidad de Cristo se identificaron (hasta el grado de que, para la universalidad de los fieles, no ser cristiano era lo mismo que ser ateo), que cuando el grupo de intelectuales que renovó en el Renacimiento la devoción por las letras paganas creyó desquiciar el cristianismo en nombre de la razón libre, lo único que logró fué desmoronar la estupenda catedral humana que se llamaba el CATALICISMO. Éste se retrajo dolorosa y convulsivamente á la familia latina, pero se hizo más fuerte al contraerse (Concilio de Trento). Mientras, el cristianismo, despojado de dogmas y ritos antitéticos al instinto individualista del mundo germánico, permaneció en éste, reviviéndose y recobrando el vigor de los siglos primitivos.

☪ Y no fué posible descristianizar al mundo de la civilización, porque un mundo, un pueblo, una sociedad no pierden una religión jamás, sino que la cambian por otra que da mayor y mejor satisfacción al sentimiento religioso; porque los elementos irreductibles de tal sentimiento son la necesidad de explicar la noche que circunda nuestro espíritu y que no alcanza á iluminar la ciencia, como el sol no alcanza á iluminar el universo; la necesidad de realizar el ideal de justicia, irrealizable en la tierra, que se esconde en el fondo de toda conciencia; la de calmar la aspiración á la felicidad inalcanzable de la vida, que se cristaliza en derredor de toda esperanza.

☪ La revolución francesa principió casi como una revolución religiosa, y uno de sus grandes errores consistió en creer en la identidad fundamental de la idea moderna que tiende á asegurar la felicidad del mayor número aquí en la tierra y la idea cristiana que reserva toda felicidad para la vida de ultratumba. De aquí provino el deseo de fabricar una especie de cristianismo, ó mejor dicho de catolicismo filosófico basado en una iglesia nacional, de aquí la enorme falta de LA CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO. Sin embargo, las tendencias al socialismo fraternal del Evangelio y á la exaltación de los proletarios, de los pobres (los primitivos cristianos se llamaron «los pobres», EBIONIM) seducían á las masas y á sus tribunos dominados por el espíritu de Rousseau. La Enciclopedia, radicalmente anticristiana y, por ende, con tendencias aristócratas, había formado un grupo de intelectuales que, como los próceres de la Constituyente, v. g., pretendían descristianizar la revolución; éstos no tuvieron influencia sobre el pueblo. Éste, ó al menos las bandas de energúmenos que solían tomar el nombre de PUEBLO en los clubs de París, parecía en ciertos momentos adoptar con EL CULTO DE LA RAZÓN una especie de ateísmo sentimental; pero pronto la multitud volvía á su cristianismo disfrazado de deísmo, de que se declaró sumo pontífice Robespierre. Y lue-